



PRECIOS DE SUSCRICION.

UN AÑO: OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado, repartidos en cuatro números al mes.
No se admiten suscripciones por menos de un año.
UN NÚMERO SUELTO: DOS CUARTOS en toda España.
NÚMEROS ATRASADOS: UN CUARTILLO DE REAL cada uno.
Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente.
Para suscribirse, remitir OCHO REALES a los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID.
Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido no pagarán su importe.

DIRECTOR

D. URBANO MANINI.

ADMINISTRACION

CALLE DE VILLALAR, NUM. 6. (Recoletos.)

MADRID.

MODO DE SUSCRIBIRSE.

EN MADRID: satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se reciben a domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*.
EN PROVINCIAS: remitiendo OCHO REALES en sellos, libranzas ó talones del Timbre a los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se reciben semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*.
El medio más seguro y económico de remitir los OCHO REALES es en talones del Timbre, que se venden en todos los estancos.
De *La Ilustración Universal* se tira una edición de lujo cuya suscripción cuesta 24 reales al año.

AÑO II.

JUNIO.—1879.

NÚM. 66.

ACTUALIDADES.

Esta semana ha sido borrascosa bajo el punto de vista representativo. El lunes hubo un gran alboroto en la Cámara francesa, un diputado llamó calumniador y falsificador a un ministro; los ministeriales clamaron, la oposición bajó, el presidente resolvió a andar á golpes con los miembros del gabinete, el presidente se cubrió; la sesión se reanudó y se levantó tres veces, y al último, expulsado del salón de sesiones el alborotador, antes de partir, llamó injusticia al gobierno.

El martes, hubo también agitación en París, en el salón de conferencias de Madrid palabras duras, ademanes expresivos y hasta ligeros empujones que por fortuna no pasaron á más. Así sucesivamente.

Debe consistir en el calor que se ha desarrollado por completo.

Los diputados son la representación visible de los pueblos.

Con el calor se les ha quemado la sangre, y lo que es natural, hemos visto los resultados de la sangre encendida.

En cuanto á los pueblos, siguen quemándose la sangre por dentro.

Se han recibido noticias oficiales, de un tristísimo descalabro sufrido por los ingleses en el Cabo de Buena Esperanza, del cual ha sido también víctima el príncipe imperial, hijo de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia.

Varios oficiales ingleses, á los cuales se había agregado el príncipe, salieron de su residencia para incorporarse al cuartel general, distante 50 millas, y asistir á la nueva campaña contra las tribus zulú, anunciada por el telégrafo.

Sorprendidos en su marcha estalló la lucha, que debió ser terrible: ninguno de los europeos podía abrigar duda respecto á la gravedad de la situación: todos debieron defenderse heroicamente.

Cuando al día siguiente se hizo un reconocimiento en el lugar de la catástrofe, halláronse todavía algunos infelices con vida, aunque con

asunto, poniéndole una losa el ministro de Hacienda, en la que escribió estas palabras que tienen más miga de lo que parece: «Lo pasado pertenece á la historia que ella juzgue. Aquí estamos los arrepentidos y los desengañados.»

En cambio, no estaban allí los que ni se arrepienten, ni se desengañan, ni se enmiendan, pero son siempre tratándose de pagar lo que los justos á los pecadores.

Parece que las actas dan bastante que hacer. En el Congreso aún siguen las actas impidiendo que haya actos; por más que como antes he dicho, los entre actos suelen ser animados.

El Senado ha tardado bastante en discutir el Mensaje.

Todo hace creer que hasta Julio no podrán discutir los Presupuestos.

Puede ser que el calor haga imposible esta discusión.

¿Permanecer en Madrid abrasándose, mientras las frescas playas de Guipúzcoa y Vizcaya convidan con su dulce temperatura?

¿Y los baños medicinales?

La verdad es que en verano solo deberían discutirse leyes de agua y de pesca.

Se han recibido noticias oficiales, de un tristísimo descalabro sufrido por los ingleses en el Cabo de Buena Esperanza, del cual ha sido también víctima el príncipe imperial, hijo de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia.

Varios oficiales ingleses, á los cuales se había agregado el príncipe, salieron de su residencia para incorporarse al cuartel general, distante 50 millas, y asistir á la nueva campaña contra las tribus zulú, anunciada por el telégrafo.

Sorprendidos en su marcha estalló la lucha, que debió ser terrible: ninguno de los europeos podía abrigar duda respecto á la gravedad de la situación: todos debieron defenderse heroicamente.

Cuando al día siguiente se hizo un reconocimiento en el lugar de la catástrofe, halláronse todavía algunos infelices con vida, aunque con

el cuerpo destrozado: los cadáveres de los restantes yacían horriblemente mutilados. El del príncipe imperial fué difícil reconocerlo. Tenía varias heridas de arma blanca, las piernas rotas y uno de los ojos saltados.

Esperamos los detalles de tan terrible suceso.

Y hablando de otra cosa, no es flojo el servicio que ha prestado el hábil inspector de vigilancia D. Tomás Fernandez Porta, descubriendo una fábrica de billetes falsos del Banco de España:

Qué sé yo cuántos millones iban á lanzar á la plaza.

Pero el Sr. Porta fué más hábil que los falsificadores, y nos libró de una catástrofe.

El gobernador le ha propuesto para el ascenso; el Banco, según dicen, le ha regalado 20.000 reales en billetes buenos para que practicamente pueda conocer, estudiándolos de cerca, los que no lo son, y 50 acciones; ó lo que es lo mismo, ha hecho, si es cierto lo que se dice, y celebraré que lo sea, que se despierte la afición á vigilar.

El inspector premiado, reúne todas las condiciones para llenar cumplidamente su deber. Sagacidad, ingenio, carácter y fuerza.

Aún es joven, podrá contar á lo sumo cuarenta años.

¿Una mala noticia á las lectoras en estado de merecer: es casado!

¿Conque un portero del Monte de Piedad ha defraudado á la dirección de la Deuda? ¿Conque en esta dirección se han pagado carpetas por duplicado?

Pero señor, ¿no habrá medio de que se acabe la afición á enriquecerse por cuenta ajena?

Gran parada el jueves. Las tropas, tan marciales como era de esperar. El rey, seguido de un brillantísimo estado mayor, revistió á los soldados.

—Todos los días debía de haber revista, decía una señora volviendo de paseo con sus ocho hijos, dos amas y tres niñas.

—¿Por qué? le preguntaron.

—Porque esta tarde ha sido la primera que no me han sacado los colores los soldados al requebrar como acostumbran las demás, á las niñas y á las amas.

En efecto, los paseos estaban transitables.

Pero el Prado y Recoletos estuvo lleno de pollos guapos que desafiaban al sol, y de mozas crúas que iban á ver á sus adoradores de gran uniforme.

El iman y el acero se atraen siempre.

* *

Un incidente inesperado vino á turbar la fiesta.

Al desfilar la artillería y á la entrada de la Puerta del Sol, un armon se inflamó produciendo una explosion horrible, de la cual fueron víctimas varios artilleros, y gran número de personas, siendo trasladados en su mayor parte, y en más ó ménos grave estado á las casas de socorro.

¿No sería mejor que la tropa fuese á las revistas sin municiones?

* *

Esmeralda Cervantes, la incomparable arpista se ha despedido del público en el Teatro de la Alhambra.

Allí con su arpa mágica dijo cosas muy sentidas y muy bellas á sus admiradores.

Lo más notable, es el entusiasmo que la inspirada arpista despierta en las clases populares.

Entre las coronas que le arrojaron, hubo una con esta inscripcion: *Varios obreros.*

¿Y saben ustedes por qué?—Pues es muy sencillo. Esmeralda Cervantes que ha recorrido la Europa y la América, ha enjugado muchas lágrimas y dispensado grandes beneficios á los trabajadores.

Esto se ha sabido, y un sentimiento de gratitud ha hecho que los obreros de aquí premien los favores dispensados á sus hermanos de otros países.

Esmeralda va á emprender un viaje á Oriente; pero volverá á España, aunque no á dormirse sobre sus laureles.

* *

Un consejo higiénico y una frase para concluir.

Un periódico francés anuncia que las personas que toman leche helada, se esponen á sufrir funestos accidentes, y añade que muchas personas han muerto víctimas de semejante imprudencia. «Al hacerles la autopsia, dice, se ha visto que la parte en donde se hallaba la leche, estaba gangrenada, lo que se comprende bien, al saber que el frío glacial de la leche, paraliza la circulación de la sangre, de donde resulta la gangrena»

Pero si esta indicacion no es bastante, añade que puede hacerse la prueba, poniendo la leche helada sobre las raíces de cualquier árbol, en la seguridad, de que perecerá.

Al leer esta noticia exclamó uno:—Comprendo que Fulano no tome leche helada, pero yo, si puedo tomarla.

—¿Por qué?—le preguntaron.

—Por que yo soy una persona, y él es un alcoraque.

Si los lectores supieran quién es Fulano, les haria más gracia la observacion.

Pero no quiero pecar de indiscreto.

J. NOMBELA.

Acabamos de recibir la carta que á continuacion publicamos, suscrita por un *Jóven incante* que tiene aún la buena fé de creer que se puede vivir de las letras... que no se cambia ni cotizan en el mercado.

No obstante, por no desairar sus pretensiones, daremos á conocer á nuestros lectores lo que él llama su

PROFESION DE FÉ

A D. Urbano Manini,

Villalar, seis, entresuelo:

Muy señor mio y amigo

y hasta si se quiere dueño:

Hace ya bastantes años que abrigo el noble proyecto de dedicarme á las letras y hacerme *hombre de provecho*, siguiendo la ilustre senda que peregrinos ingenios trazaron al que se siente dominado por el estro.

Ahora bien; descrito así mi antiquísimo deseo, y ambicionando obtener en LA ILUSTRACION un puesto, quiero exponerle el programa de cuanto he pensado y pienso en religion y en política, en artes y otros excesos.

En religion soy cristiano,

y la de todos respeto,

exceptuando el *mormonismo*,

y otras que rechaza el clero

de la Iglesia universal

cuya cabeza fué Pedro.

En política ¡ah!... en política

soy un pollo de provecho

lo mismo grito *¡eso abajo!*

como *¡arriba con aquello!*

La cuestion es engullir

y hacerse hombre de gobierno,

y de orden y de principios

un tanto *liberalescos*.

Rodearse de *parásitos*

ó de *hísares* que es lo mismo,

y hacerse el hombre de Estado

con ser un simple camueso,

y gozar de una opinion

que sólo le dan los nécios,

los que viven á su sombra

y comen del presupuesto.

En artes, letras y ciencias

nunca tuve más criterio

que el que lucen á diario

los señores académicos.

Con « escribo *tran-vía*

porque así lo mandan ellos,

y adoro en *Miguel Cervantes*

la esplendidez sin ejemplo

con que premió sus afanes

el noble conde de Lemus.

Que hizo lo que hacen los nobles

de nuestros benditos tiempos.

Admitir *dedicatorias*

y pagarlas... con aprecio,

salvo el caso de que fuere

el *dedicador*, torero,

que entonces vuelcan el arca

en su decidido obsequio,

y altivos y encampanados

salen con él á paseo

y le sientan á su mesa,

dándole el mejor asiento,

al lado de su mujer,

¡á quien deleitan los cuernos!

Conque amigo D. Urbano,

diga á vuelta de correo,

si cree usted que le sirvo

para escribir prosa ó verso,

en su popular periódico,

y á su casa voy derecho

decidido á dar jaquica

hasta el Júpiter soberbio

que impera sin cortapisas

en el régio *Matadero*.

De usted amigo afectísimo

INOCENTE CHARLA-RECIO.

EL FINAL DE LA REVISTA.

(Apuntes sobre el terreno.)

Sr. D. Urbano Manini.

Director de LA ILUSTRACION UNIVERSAL.

Mi muy estimado amigo:

«La Península entera tiene á estas horas noticias, más ó ménos verídicas, más ó ménos pintorescas, del accidente tan terrible como irremediable ocurrido en esta corte, á las seis y cuarto de la tarde del jueves último, durante el desfile de las tropas que volvian de la revista militar ofrecida á SS. AA. RR. los príncipes de

Austria y de Baviera. El imponente y aterrador suceso de que fuimos testigos presenciales, y á la vez, víctimas *hasta cierto punto*, cuantos nos halláramos presenciando el paso de nuestros marciales soldados, en el espacio de la Puerta del Sol, que media entre el taller de sombrerería del Sr. Galvan, y la puerta del café Universal, se presta á bien distinta série de consideraciones y comentarios.

Ni la índole de su periódico ni la adhesion sincera y desinteresada que en todas ocasiones le colocan al lado de la causa del orden, permiten en nosotros, juicios, que más ó ménos hábilmente expresados, pudieran prestarse á malévolas interpretaciones. La casualidad, que sobre todo, y despues de todo fué la única autora de tan deplorable desgracia, vino á interrumpir el orden y brillante concierto de aquella fiesta, sembrando por algunos momentos la consternacion en el pueblo de Madrid, sobre todo en los alrededores del lugar en que ocurrió tal accidente.

Pero como quiera que todos los sucesos de este pobre mundo, tienen su lado cómico, y á medida que son más terribles, ofrecen *despues de pasados*, incidentes y detalles burlescos, en compensacion sin duda del espanto que en el primer momento causan en el ánimo de aquellos que escapan milagrosamente á sus efectos, es el caso, que quien á Vd. se dirige, siente irresistible gana de referirle las emociones y escenas por él experimentadas y presenciadas con tal motivo.

La conciencia de mi deber, que no la curiosidad, me colocó en el lugar de la catástrofe.

Mis correspondencias y *croquis* para el extranjero, el deseo de cumplir bien y fielmente con mi encargo, me pusieron en el caso de *morir al pie del cañon*, como ahora, mejor que nunca, puedo decir con la frase castellana.

Empezaré por decir á Vd. que yo me encontraba *apuntando* en mi álbum el precioso grupo que formaban un sargento y dos soldados de la batería montada que á la sazón rodaba ante mí.

De pronto... un relámpago hirió mi vista, alcé vertiginosamente la cabeza, y ví volar un objeto; sin tiempo para reconocerle, porque dos detonaciones seguidas, y á cual más terriblemente ruidosas, vinieron á privarme de toda reflexion.

Un grito general, estentóreo, aterrador, acompañó aquellos sonidos, y una avalancha de seres humanos cayó sobre las paredes de los edificios, sobre las puertas, sobre los escaparates de los comercios, y entre jayes! y quejidos, la muchedumbre se apretaba, se empujaba, se derribaba, sin que en su ceguedad se parase á reparar en donde sentaba la planta, ni introducía el cuerpo, ni metía los brazos.

Yo ignoro á estas fechas, si me moví; solo recuerdo perfectamente que á los pocos instantes me hallaba á más de treinta varas del sitio que ocupaba, empujado en todas direcciones, con la corbata hechas trizas, sin sombrero, sin baston, sin álbum, sin lápiz, sin aliento, y sin reloj.

¡Ha volado un armon! ¡ha volado un armon! empezó á oírse decir, y antes de que la tranquilidad se restableciese, repuesto algun tanto del susto pasado, empecé á ser testigo de las escenas que voy á describirles.

¡Quietos! ¡quietos! pasó á mi lado gritando como un energúmeno y atropellando cuanto se oponia á su carrera, un sugeto que debió tener buen porte, á juzgar por la poca ropa que le quedaba.

¡Los niños, Bonifacio! decía á voces una señora como un tonel, subiéndose por los entrepaños de una puerta.

¡Justo! ¡Justo! exclamaba otra abrazando con todas sus fuerzas y sin saber lo que hacia, á un guardia de orden público que parecia *figura de cera*, por la lividez del semblante.

De pronto una familia entera, en medio de su aturdimiento, cae empujada por la multitud sobre la cesta de un fosforero. Inflámanse al golpe todas las cajas (lo ménos dos gruesas) y un hombre al sentirse chamuscado echa mano á la cabeza, y arroja al aire y ardiendo su peluca que va á caer sobre el *chapeau niniche* de una

niña tendida en el suelo y en deplorable desnudez.

¡Bomba, bomba! gritan en un corro al ver la peluca por el aire, y todos se arrojan al suelo, convertido ya en alfombra de carne humana!

De repente, recibo un empujón tremendo.... Era el paralítico que momentos antes pedía limosna á mi lado, y que ahora corría como un gamo.

Poco á poco, va haciéndose el orden, pero un grupo de gente llevando sobre una silla á un anciano, pasa diciendo: ¡pronto, pronto!... ¡la botica más cercana!...

Me acerco, temblando hallar una víctima mutilada, y consigo averiguar lo que ocurre.

Un caballero que padecía obstrucciones crónicas, ha sufrido tal impresión que se le ha desatado el vientre, y á estas horas ni con cuerdas hay medio de poner dique á sus despeños.

Trato de revolverme, y me siento cogido entre dos brazos de hierro. Los de un amigo jorobado, loco de alegría, porque de un estrujón le han dejado como un huso la columna vertebral.

Me oigo llamar por mi nombre en cien distintos tonos... todos me preguntan... ¿Ha visto usted á mi mujer?... ¿estaban por aquí mis hijas?... ¿sabe usted si ha muerto mi suegra?...

En este momento pasa otro grupo conduciendo una señora, que se cubre los ojos con ambas manos.

¡Quedará probablemente ciega! oigo decir; me acerco: interrogo al primero á quien encuentro, creyendo á aquella pobre señora, víctima de la explosión, y me dicen: No va herida: estaba cuando ocurrió la voladura, al lado de un caballero que tomaba rapé, y ha recibido en los ojos todo el contenido de su caja.

Suenan los clarines de la brigada de caballería.

Desfila ordenada y magestuosamente.

Queda desierto el lugar de la escena.

¿Desierto? no, ni mucho menos.

El suelo aparece sembrado de sombreros de todas formas y clases: de *an-tout-cas*, de quitasoles, de bastones, de pañuelos, lazos, cintas y trenzas. En el borde de la acera, vi dos zapatitos dignos del pie de la Ceneréntola, y un poco más allá una liga.

Debió pertenecer á una pierna monumental.

La guardo como trofeo, y proyecto aprovecharla como cintillo sujetador de los pantalones.

Si Vd., amigo mío, encontráre este relato poco de acuerdo con el triste suceso que le motiva, compadézcame.

Es muy posible que la emoción haya perturbado mi juicio.

De Vd. siempre afectísimo, que le saluda y B. L. M.

EDUARDO SAGO.

POMPEYA LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuación.)

Una sonrisa estúpida desfiguraba sus hermosas facciones. El poeta no se hallaba quizá muy

lejos de la locura, lo cual para él hubiera sido entonces un bien inapreciable.

Cerca de allí había un puesto de soldados. Lucio se dejó conducir por el hombre del cesto sin oponer la menor resistencia.

El día, entretanto, iba aclarando más y más, y á los gritos del herido algunos pompeyanos salieron á la calle.

Lucio iba ya á ser entregado á los soldados, cuando un sacerdote de Cibeles, anciano, de lengua barba blanca, detuvo al hombre del cesto, diciéndole con voz imperiosa:

—Tomo bajo mi protección á este joven.

El del cesto inclinó la cabeza en señal de obediencia, alejándose enseguida sin replicar.

—Estás en salvo,—continuó el sacerdote, dirigiéndose al poeta;—el templo de la gran diosa te abre sus puertas; ¡ven!

Y cogiéndole del brazo, ambos echaron á andar, desapareciendo en las revueltas de una calle próxima.

Meroe continuaba revolcándose en su sangre y exhalando tristes gemidos, que eran cada vez más débiles.

Dos ó tres veces quise cogerle en mis brazos, y me rechazó.

Por fin vino un discípulo de Hipócrates, anciano venerable de gran ciencia, y reconoció su herida.

Esta era profundísima.

El anciano movió la cabeza lentamente con muestras de pesar, y ordenó que se trasportase al herido á una casa.

Otro esclavo y yo lo metimos en la nuestra.

Arria Marcella nos vió llegar, y no hizo la menor pregunta.

Estaba pálida, sumamente pálida, y parecía muy conmovida.

Meroe no pudo resistir la primera cura, que debió ser muy dolorosa, y se desmayó.

Tendido en un lecho, parecía el retrato de la muerte.

El discípulo de Hipócrates tocaba á cada instante sus sienes, de las cuales iba desapareciendo poco á poco la vida.

Al cabo pronunció con voz lúgubre estas palabras:

—¡Ha muerto!

Miré á Arria, que permanecía silenciosa y meditabunda, y me pareció ver rodar una lágrima por su semblante.

¿Sería capaz de sentir remordimientos?...

Estaba aún caliente el cadáver del desgraciado Meroe, cuando oímos á la puerta de la casa gritos desgarradores, acompañados de algunas voces contenidas.

Durante un momento cesaron aquellas voces y gritos; pero luego volvieron á repetirse con más fuerza.

Corrí á enterarme de lo que acontecía, y vi á una mujer, joven y hermosa, con el luengo cabello tendido sobre la espalda, medio desnuda, y haciendo demostraciones que revelaban el más vivo dolor.

¡Era la esposa de Meroe!

Aquella desventurada, viuda en los primeros albores de su casamiento, había sabido la des-

gracia acaecida á su esposo, y corría á su lado en alas de su cariño y de su desesperación.

No recuerdo haber presenciado en toda mi vida, escena más conmovedora que la que allí tuvo lugar.

Penetró la joven en la casa llamando á gritos á su esposo.

Al ver á éste tendido en el lecho, inmóvil y bañado en su sangre, se precipitó sobre él, y abrazándole estrechamente, cayó desmayada sobre su pecho.

¡Al volver en sí, y cuando pudo convencerse de que estaba muerto, sus lágrimas y sus lamentos hubieran comovido á las mismas Parcas!

—¡Cruelos dioses!—exclamaba mesándose los cabellos;—¿para qué habéis permitido su muerte? ¿Qué hago yo sola en la tierra?...

¡Oh, mal haya la mano impia que cortó el hilo de su existencia!

¡Meroe querido! ¡ya no te veré más! ¡ya no oiré de tus labios las dulces palabras de amor, que eran mi encanto y mi delicia!...

Arria, de la cual yo no apartaba mis ojos, húmedos de lágrimas, se sonrió desdeñosamente al oír las exclamaciones de la desconsolada joven.

Era a aquella sonrisa tan horrible, revelaba tal dureza de corazón, que sentí hacia mi señora un sentimiento repulsivo, que también participaba algo del odio que nos inspiran los malvados.

No pudiendo resistir por más tiempo aquella escena, me retiré en silencio con el alma oprimida por la más terrible congoja.

(Se continuará.)

ANTONIO SAN MARTÍN.

Habiendo omitido la solución de la charada del n.º 54, uno de nuestros apreciables suscriptores de Santander, nos hace notar este involuntario descuido remitiéndonosla en la forma que sigue:

En la cama descansa
quien mucho rema,
la ca es la letra
y voz que niega.
Si vas á Roma
lleváte para el viaje,
una maroma.

En la roca viva
del Sardinero,
se pesca la gran Julia,
pero no el Mero.
Y en San Martín,
á el marro los muchachos
juegan sin fin.

La mamá á su vecina
la dice ufana,
mi niñita me pide
la caca mamá.

Vaya un jaleo
que en re ayer tocaba:
un

CAMARERO.

MAURID: Imprenta de Diego Valero, Soldado, 4.

Precio: UN REAL cada línea.

ANUNCIOS

Dirigirse, calle de Villalar, 6, bajo.

No hay que gastar en irse á baños

EL INFALIBLE

JARABE DEPURATIVO VEGETAL ANTI-HERPÉTICO Y ANTI-SIFILÍTICO

DEL PROFESOR ORTIZ DE CANTONAD

MEDICO TITULAR DE MANZANARES EL REAL

Cura radicalmente y sin reproducción las herpes y todos los vicios humorales de la sangre.

SE VENDE en las farmacias de Saenz, plaza de Santa Ana, 9.—Ortega, León, 13.—Carrero, Isabel la Católica, 21.—Merendon, Campomanes 13.—Porrás, Santiago, 24, y Suñer, Mayor, 78, en MADRID.

EL TEATRO POR DENTRO, UN TOMO 12 reales. Librerías de San Martín: Puerta del Sol 5, y Carretas 36.

Todas las obras publicadas en la BIBLIOTECA DE MANINI HERMANOS

A CUATRO REALES

EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

Se venden en las siguientes librerías.

SANTANDER.—San Francisco, 36.

BILBAO.—Parra, 5.

TOLEDO.—D. Alejandro Villatoro

TORRELAVERGA.—D. Victoriano del Campo.

ALCALA DE HENARES.—D. Pedro Costa.

GUADALAJARA.—Mayor Baja, don V. García.

REUS.—D. Juan Grau y Vernis.

SANTONA.—Doña María Abascal.

ALMERÍA.—Tiendas 19.

BURGOS.—Pasaje de la Flora.

Y en todas las principales librerías de España.

MANINI, HERMANOS,

EDITORES.

OBRA NUEVA

EL CONDE DE MONTECRISTO.

por Alejandro Dumas.

Precio: 4 reales en toda España.

EL SUPPLICIO DE MARIA ANTONIETA.

por Alejandro Dumas.

Precio: 4 reales en toda España.

LAS CATACUMBAS DE PARÍS.

por Elie Berthet.

Precio: 4 reales en toda España.

LOS MANCHEGOS EN EL POLO NORTE.

por D. de Santoval.

Precio: 4 reales en toda España.

Remitiendo 4 reales en libranza ó sellos á los Sres. Manini hermanos,

Villalar, 6, Madrid, se recibe cualquiera de estas obras á vuelta de correo y porte franco.

SE NECESITA una joven con buenos informes y práctica en la contabilidad y escritura. Informarán: Puerta del Sol, 15, sastrería, de dos á cuatro.

POR PAPELETAS del Monte se dá hasta el 50 por 100 en el acto. Cruz, 37 y 39 pral. 129.

SE compra toda clase de monedas falsas, de oro y plata, y galones bordados. Calle del Prado, 7 ent.

MA rectén venida de la tierra, leche de un mes. Minas, 20, carnicería.

JAMONES á 3 1/2 y 4 reales libra. Espíritu-Santo, 13

SE vende un caballo tordo de seis años y cuatro dedos. Calle de San Juan, 10, establecimiento.

La Torre de Belem, en Portugal, antes de su derrumbamiento.



LA TORRE DE BELEM EN PORTUGAL.

La torre de Belem, cuya vista representa nuestro grabado, se hallaba en la ciudad del mismo nombre que se levanta á orillas del Tajo y á corta distancia de Lisboa.

El día 18 de Diciembre pasado, en las primeras horas de la mañana, un ruido atronador anunciaba á los pacíficos habitantes de Belem

una catástrofe. La antigua y pesada torre se había desplomado, sepultando entre sus escombros á varios albañiles que en ella trabajaban para la construcción de una galería, cuyo enorme peso, se cree, no pudieron resistir los antiquísimos muros del monumento.

El rey don Luis, el infante don Fernando, los ministros, y todas las autoridades de Lisboa salieron inmediatamente hacia el sitio de la catástrofe.]]

Nuestros vecinos perdieron una de sus mejores obras de arte.

El sitio que ocupan hoy las ruinas de la torre es el mismo donde erigió una capilla á la Virgen, el infante don Enrique, hijo de don Juan I. En esta capilla, oró el ilustre Vasco de Gama, y prometió erigir un convento de frailes Gerónimos si salía en bien de su arriesgada empresa, y en ella estaban depositadas las cenizas de varios reyes y personajes ilustres.